

# Culturas juveniles, prácticas de subjetivización y educación escolar<sup>1</sup>

Fernando Hernández

De las culturas juveniles se puede hablar de manera extensa y desde diferentes puntos de vista. En el espacio asignado a esta breve incursión quisiera explorar dos aspectos. Por un lado, el contexto de emergencia y algunos significados de tal acepción. Y, por otro, me referiré a cuál podría ser su papel en el actual debate sobre la función de la escuela secundaria en la educación de los jóvenes.

## Delimitar un campo de estudio

Aunque desde la mitad de los años setenta el término ‘culturas juveniles’ forma parte de los temas de investigación de la Sociología y los Estudios Culturales, la obra de Erik Erikson (1968) “*Identidad. Juventud y Crisis*”, dejó una importante huella en la vinculación de ciertos comportamientos juveniles de carácter individual y grupal con referentes psicopatológicos y anómicos. Esta mirada ha devenido en una constante, que se ha mantenido con ligeras variantes hasta la actualidad, asociando determinadas actuaciones juveniles con lo que se considera como un estado transitorio derivado de una supuesta ‘crisis de identidad’. Una consecuencia de esta posición ha sido que siempre que ha convenido, a las manifestaciones y expresiones públicas de grupos de jóvenes, se las ha demonizado o psicologizado al considerarlos como síntoma de un problema a ser tratado.

Desde que Erikson planteó su propuesta a la actualidad, se han ido sucediendo formas diversas de catalogar y diagnosticar las manifestaciones externas juveniles en función del momento histórico y de la posición hegemónica de los adultos –que son quienes desde los saberes académicos o profesionales definen el valor de la significación construida por los jóvenes. En la mayoría de las definiciones las culturas juveniles representan un empeño por adscribir a una corriente de sentido genuinamente juvenil teniendo en cuenta sus rituales, componentes expresivos y sus relaciones más o menos inestables con la industria cultural. Así, Maccasi (2002) define a las culturas juveniles asociadas a modos de pensar, sentir, percibir y actuar que atraviesan las actividades de un grupo y los distinguen de otros, considerando además, sus coordenadas temporales y espaciales. Esta definición posibilita hablar de un grupo social capaz de crearse a sí mismo, en relación con los otros, y que puede construir signos y símbolos y toda una visión del mundo, y en sus relaciones con el mercado de consumo.

Por su parte Feixa y Porcio (2004:9) definen a las culturas juveniles en dos sentidos. Desde un punto de vista genérico, lo distintivo serían las maneras “en que las experiencias sociales de los jóvenes son expresadas colectivamente mediante la construcción de estilos de vida distintivos, localizados fundamentalmente en el tiempo libre o en espacios intersticiales de la vida institucional”. Desde una perspectiva restringida nos referiríamos a “la aparición de ‘microsociedades juveniles’, con grados significativos de autonomía respecto de las ‘instituciones adultas’, que se dotan de espacios y tiempos específicos, y que se configuran históricamente en los países occidentales tras la II Guerra Mundial”.

---

<sup>1</sup> Publicado en *Andalucía Educativa*, 46, 22-24 (2004)

En cualquier caso la noción ‘culturas juveniles’ aparece como un paraguas que acoge sujetos en relación con sus rasgos externos –vestimenta, marcas corporales y afinidades relacionadas con la cultura popular- y sus posicionamiento sociales que vinculan la apariencia con el deseo de ser reconocidos. De los rockers a los punkns, pasando por los mods o los okoupas, hasta llegar a los defensores de la ‘costumización antimarca’, los orgullosos exhibidores de tatuajes, o los pirrados por el Betis o el Sevilla, la identidad se proyecta desde una externalidad que busca, al ser reconocida, abrir el camino para reconocer-se. Desde este punto de vista, muchas de las manifestaciones de las culturas juveniles pueden ser consideradas como indicadores expresivos y creativos del ser humano y se vinculan a lo que se podría considerar como un ethos romántico (Williams. 2004).

Pero no sólo una señal expresiva que procede de los jóvenes y que busca reconocimiento identitario. También es una forma de resistencia, pues como señala Tenti Fanfani (2000) “las culturas juveniles articulan las memorias instaladas a la fuerza por la perversa trampa del mercado y sus dispositivos de saqueo y por la máquina de fascinación neoliberal. Allí la memoria se hace marca en los cuerpos: las modalidades del ajuste estructural están determinando formas dominadas de las culturas juveniles, modos atravesados por la injusticia y el desempleo. En ellas, los jóvenes devienen sólo un objeto de “pánico moral” para los imperativos hegemónicos”.

Bajo cualquier de las perspectivas anteriores, indagar sobre culturas juveniles es hacerlo sobre maneras de clasificar a sujetos. Y no hay nada que los sujetos a los que nos referimos rechacen con más ahínco que ser clasificados en categorías y tipologías. El periodo de la biografía de los sujetos que se incluyen en las culturas juveniles transita entre el deseo de independencia, la necesidad de autoafirmarse y la identificación con los rasgos difusos -o claros- de un grupo. Los estudiosos de las culturas juveniles exploran la paradoja que deviene de prestar atención a los rasgos de grupos que están formados por sujetos que aspiran a ser reconocidos como individuos. Por eso parece importante no olvidar, como Saintout y Huergo (2003) nos indican, “que a la hora de acercarse a las culturas juveniles no hay que hacerlo de forma aislada, sino como una experiencia dialógica en conflicto con referencias sociales e históricas ante las cuales, incesantemente, la juventud quiere irrumpir. Las tramas de las culturas juveniles cargan los rastros de memorias acalladas y resignifica memorias de luchas y proyectos”.

Esta posición nos coloca en el desafío de “reconectar el gran orden económico-cultural de producción hegemónica con la producción y construcción de significados de los sujetos”. De esta manera se podrá no sólo apreciar, sino alentar la salida del conformismo y la construcción (incesantemente imprevisible) de prácticas y proyectos de transformación y de resistencia que encierran las denominadas culturas juveniles. Y aquí nos topamos con los desafíos de la escuela secundaria en la actualidad.

### **El lugar de la cultura/experiencia de los jóvenes en la escuela secundaria**

Si mantenemos este hilo conductor podemos acercarnos a la educación escolar desde un punto de vista que vaya más allá de los actuales mantras de ‘no están motivados’, ‘no se interesan’, ‘son unos tal o unos cual’ que suelen utilizar los docentes de secundaria al hablar de los adolescentes. Para escapar de ellos podríamos reconocer, como escriben Dubet y Martuccelli (1998), que durante la adolescencia “se forma un ‘sí mismo no escolar’, una subjetividad y una vida colectiva independientes de la escuela, que

‘afectan’ a la vida escolar misma”. Esto significa, como nos recuerda Tenti Fanfani (2000), que “más allá de posibles particularidades genéricas, los adolescentes y jóvenes son portadores de una cultura/experiencia social hecha de conocimientos, valores, actitudes, predisposiciones que no coinciden necesariamente con la cultura escolar y en especial con el currículo o programa que la institución se propone desarrollar”. Cultura/experiencia que la escuela secundaria no reconoce, ni se preocupa por identificar y que casi siempre rechaza por haber reducido el enfoque constructivista – cuando lo tiene en cuenta- a los conocimientos previos disciplinares y no a las experiencias sociobio-gráficas de los sujetos. Este no reconocimiento se hace más patente cuando la contradicción y el conflicto entre cultura escolar y cultura social se manifiesta entre los jóvenes de las clases sociales económica y culturalmente dominadas o eufemísticamente consideradas como desfavorecidas. A los que se coloca de manera subordinada en el grupo de los que no saben, no quieren aprender o están desmotivados.

Si incluso en países de buenos resultados escolares como Finlandia los adolescentes señalan que la escuela, lo que allí aprenden, rara vez tiene que ver con su cultura e intereses. ¿Significa esto que la escuela secundaria ha de cambiar su posición y colocarse en función de los intereses de los adolescentes y dejar en un segundo plano el teorismo académico de unos contenidos seleccionados más en términos de pasado que de presente? ¿Quiere decir considerar la cultura y la experiencia de los adolescentes que hay que replantearse el qué enseñar y comenzar a plantearse el ‘a quién’ enseñar y ‘para qué’?

Aunque tengo posibles respuestas a estas cuestiones, creo que explorarlas ha de formar parte de un debate que va más allá de la demanda a la que responden estas páginas. En cualquier caso, considero que, al contrario de lo que se suele afirmar, hoy resulta imposible separar el mundo de la vida del mundo de la escuela. Por eso me parece importante rescatar que los jóvenes traen consigo su lenguaje y su cultura desde los que dan sentido (o no) a los aprendizajes escolares. Por ello identifico una posición numantina no reconocer que la escuela tal y como señala Tenti Fanfani “ha perdido el monopolio de la inculcación de significaciones y éstas, a su vez tienden a la diversificación y la fragmentación. Sin embargo en demasiadas ocasiones las instituciones escolares tienden al solipsismo y a negar la existencia de otros lenguajes y saberes y otros modos de apropiación distintos de aquellos consagrados en los programas y las disposiciones escolares”. Lo que hace que el currículo y la organización de la escuela secundaria tengan, como nos recuerda de nuevo Tenti Fanfani “todavía las huellas del momento fundacional (homogeneidad, sistematicidad, continuidad, coherencia, orden y secuencia únicos, etc.)” mientras que “las nuevas generaciones son portadoras de culturas diversas, fragmentadas, abiertas, flexibles, móviles, inestables, etc”.

Esta situación produce una dicotomía donde “la experiencia escolar se convierte a menudo en una frontera donde se encuentra y enfrentan diversos universos culturales. Esta oposición estructural es fuente de conflicto y desorden, fenómenos que terminan a veces por neutralizar cualquier efecto de la institución escolar sobre la conformación de la subjetividad de los adolescentes y los jóvenes”. Este podría ser el lugar desde el que considerar el papel de las culturas juveniles en la escuela y no como motivo para la pedagogización de la experiencia de los jóvenes o para sumirlas en el ostracismo y la negación.

## Referencias

- DUBET, F. y MARTUCCELLI, D. (1998) *En la escuela. Sociología de la experiencia escolar*. Barcelona: Losada
- ERIKSON, E. (1968) *Identidad. Juventud y Crisis*. Madrid: Taurus.
- FEIXA, C. y PORZIO, L. (2004) Los estudios sobre culturas juveniles en España (1960-2003) *Estudios de Juventud* 64, 9-28.
- MACASSI, S. (2002) *Culturas Juveniles, Medios y Ciudadanía. El nuevo horizonte generacional y las disyuntivas de la inserción de los jóvenes en la sociedad*. Perú: Asociación de Comunicadores Calandria.  
<http://www.comminit.com/la/materiales/lamateriales/materiales-181.html>
- SAINTOUT, F. y HUERGO, J. (2003) Editorial al monográfico Culturas Juveniles. *Tram(p)a*, 2,
- TENTI FANFANI, E. (2000) Culturas juveniles y cultura escolar. [http://www.iipe-buenosaires.org.ar/pdfs/seminario\\_internacional/panel4\\_fanfani.pdf](http://www.iipe-buenosaires.org.ar/pdfs/seminario_internacional/panel4_fanfani.pdf)
- WILLIAMS, Ch. (2004) Reclaiming the expressive subject: deviance and the art of non-normativity. *Deviant Behavior*, 25, 233-254.